

Plaza, Área Verde y Circulación de un Nuevo Ciudadano. La Construcción de `Nostredad' desde el Territorio de `Encuentro'.

Cristian Cottet.

Cita:

Cristian Cottet (2004). *Plaza, Área Verde y Circulación de un Nuevo Ciudadano. La Construcción de `Nostredad' desde el Territorio de `Encuentro'*. V Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, San Felipe.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/v.congreso.chileno.de.antropologia/89>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/evNx/vry>

Plaza, Área Verde y Circulación de un Nuevo Ciudadano. La Construcción de 'Nostredad' desde el Territorio de 'Encuentro'

Cristian Cottet*

Resumen

A partir del reconocimiento del espacio *plaza* como instrumento de configuración de nostredades, de socialización en sus más amplios contenidos, este artículo aspira acercarse a establecer dos procesos. Primero, de la segmentación que este espacio (la *plaza*) ha sido objeto al quedar compartimentada en los espacios "área verde" y "mall", con lo cual las estrategias de socialización y ciudadanía se articulan ahora desde novedosas dinámicas. Segundo, el uso y reconocimiento de la emplanada "Plaza Italia de Santiago" como espacio de socialización y reconocimiento de encuentro y actualización ritualica de un "yo chileno" activo.

Aspiro acercarme a la certeza de que la plaza es, en Santiago de Chile, aún un territorio material y simbólico de alta gravitación en la configuración de identidad ciudadana.

La plaza como contenedor de añoranzas y esperanzas

Contrariamente de lo que comúnmente se cree y a la manera de un alma en pena que no logra salir de nuestro presente, los chilenos somos recurrentes en el ejercicio de volver sobre nuestro pasado con un dejo de melancolía y añoranza. Pareciera que lo vivido siempre fue mejor, más cálido, fraterno y completo, de alguna forma nos lo arreglamos incluso para hacer desaparecer la tristeza, el abandono y el dolor, explicándolos como el costo de la construcción de ese armónico pasado. Basta decir "Antes las farmacias se llamaban boticas", para que el otro agregue "Y los vestones, paletó", y otro: "Y después de la matinée... la plaza". Extrañamos saber el nombre de todos los vecinos, de pasear enrededor de una plaza o de ir a la matinée. Mientras más miramos a París, más extrañamos la provincia. Como salido de un lúdico espacio donde sólo el poeta puede respirar, Jorge Teillier

se nos aparece desde la espesura de lo cotidiano para volver a instalarnos en la disyuntiva de saber desde donde venimos y porqué somos lo que somos. "Voy hacia un pueblo donde nadie me espera/ por un solitario camino rural/ a fines del verano"¹, reconoce el poeta para llevarnos a lo perdido y a lo prometido: el paraíso como promesa y el paraíso como pérdida. Resulta doblemente difícil reconocer si el poeta Teillier nos hablaba de un sueño perdido o de un sueño que se promete; en otras palabras, el encanto de aquella provinciana sociabilidad está en asumirlo como añoranza o como esperanza, como desperdicio o como fragua donde se recrean los instrumentos culturales.

Habitamos la ciudad en busca de ese pueblo donde nadie nos espera pero que sabemos es el territorio donde tenemos (aún) la posibilidad de reconocernos en un otro al cual ayudaremos a construirse en ese encuentro. "Todos nos reuniremos -señala Teillier en el poema "Edad de oro"-/ bajo la solemne y aburrida mirada/ de personas que nunca han existido,/ y nos saludaremos sonriendo apenas/ pues todavía creeremos estar vivos". Ese "nos reuniremos" anuncia, promete y augura un tiempo futuro donde la confianza no exista, en tanto no estará presente el binario que le niega, la des-confianza. Es la promesa de una tranquila sociabilidad que se sustenta en el intercambio estrictamente necesario para establecer una *nostredad* que nos acoge y resguarda, una *nostredad*, nacida del *encuentro*, que como el tiempo agustiniano, es lo que fue, lo que es y lo que será y que finalmente existe sólo por la precariedad de un presente en soledad.

Hablo de *nostredad* como espacio de sociabilidad en todos sus niveles y expresiones como diferenciación que obliga a limitarnos; me refiero con esto a una segregación natural y positiva que se constituye en el establecimiento de diferenciaciones desde las cuales nos reco-

* Mosquito@netexpress.cl

nocemos como partículas, como arraigo que se va reconstruyendo social y culturalmente en el *encuentro* con otro igual que se invisibiliza en tanto participa del nosotros. De la construcción de estos límites se ha dicho mucho, destacándose la familia, el sistema educacional y la costumbre como instrumentos de este proceso. Nos encontramos antes de todo en el devenir familiar, que nos hace, pero también en la búsqueda de un más allá social establecido. Ni qué decir de los límites donde esta *nostredad* se protege: el idioma, la vestimenta, las opciones de género, la edad, la pertenencia de clase, etc. En verdad el listado puede ser casi infinito ya que las *nostredades* se re-configuran plásticamente en el cotidiano excluyente e incluyente. Aquella *nostredad* que nos reúne mañana será sólo quimera, recuerdos que sostendrán nuevos proyectos de *nostredad*. "Alguien me ha dicho en secreto que la primavera vuelve./ La primavera vuelve pero tú no vuelves". Dice Teillier en su poema 'Tarjeta postal' para marcar un tránsito social que resulta imposible desprenderse. Es imposible detener el retorno de la primavera, el *encuentro* volverá, porfiadamente volverá a reunirnos y a definirnos desde nuevos ámbitos sociales. Lo que no puede asegurar nuestro poeta es que seamos los mismos habitando ese *encuentro*.

La categoría ciudadanía es un buen ejemplo de *nostredad* en tanto nace conteniendo la segregación y se constituye en el seno de otra, como es "la vecindad". Si bien las nuevas repúblicas, independientes de Europa, levantan el paradigma de la unidad nacional como objetivo y condición, lo cierto es que estas nuevas naciones no hacen sino asentarse en la más vil segregación de las provincias, de los pueblos originarios, incluso de los habitantes de las mismas capitales que no poseían bienes ni fortuna. Comienza allí un difícil peregrinaje de lo que entenderíamos por ciudadanía, abriéndose espacios cada vez más amplios al debate y conflicto político-militar.

Santiago de Chile no es la excepción. Con no más de sesenta mil habitantes a la hora de la Independencia, es una ciudad pequeña, ilustrada pero pequeña, que concentra sus instancias de encuentro y sociabilidad, primero en el paseo de los Tajamares (aproximadamente lo que hoy va de Estación Mapocho a Palacio de Bellas Artes) y luego en la Plaza Mayor (hoy conocida como Plaza de Armas). Es recién a partir de 1817, con O'Higgins en el poder, que comienza a construirse un nuevo paseo en la Antigua Cañada (hoy Alameda)², lo que no restó importancia económica, social y política a la Plaza Mayor, centro del abasto y eje de distribución

de la ciudad. Estos dos centros de encuentro y sociabilidad son de vital importancia para la constitución de los referentes materiales y simbólicos que darían forma a la República, en lo político-social, a "la chilenidad", en lo cultural, y a la relevancia que se le dio a la plaza (como lugar de encuentro) en los proyectos de crecimiento urbano.

La ciudad -dice Sergio Villalobos- *representa, además, un esfuerzo organizativo de carácter práctico y teórico que provenía de la antigua Grecia en su raíz más remota. El hombre, como zoom politikon, encuentra el sentido de su existencia viviendo en sociedad, para cuyo efecto es necesario un orden regido por la ley y la autoridad. Era la "vida en policía" según el lenguaje de la época.* La existencia social, por lo tanto, adquiría coherencia a través de la ciudad. Naturalmente los conquistadores no andaban con los viejos tratados bajo el brazo, pero eran portadores inconscientes del rico acervo cultural hispánico, en el cual la vida urbana tenía un sentido preciso.

...

*La plaza fue el espacio polvoriento y despejado donde convergía la vida urbana y las principales manifestaciones de la actividad oficial, religiosa y social.*³

Siendo ésta una definición que pone atención en cuanto a la funcionalidad política de la plaza, carece de un aspecto que creemos fundamental como es el hecho de que este "orden humano" se desarrolla en medio de la naturaleza y se da en cuanto a un *encuentro* entre personas y éstas con la naturaleza. Cierto es que el autor se refiere a una época donde el roce con natura es de carácter cotidiano e instantáneo en cuanto el borde de la ciudad aún no se extiende más allá de "un par de manzanas", pero creemos de profunda importancia este elemento a la hora de configurar una actualizada interpretación de estos espacios. Creemos que hoy no es un *encuentro* meramente urbano y fortuito el que se desarrolla en una plaza, ni es un *encuentro* sólo político: es un encuentro en un espacio donde se cultiva el acercamiento a lo más básico de la naturaleza, esto es, el árbol, el césped, el arbusto, es "una rica síntesis de la conciencia de vida en común"⁴. Y hoy esa vida en común se proyecta también en un reencuentro con lo rural, con el traslado social y cultural del ancestro agrícola y campestre al espacio urbano. En definitiva esto se condensa en simbolismos que agregan significantes a la trama material de la vida en ciudad.

Durante un siglo y medio no se pensó proyecto urbano alguno ni se construyó villa o población sin considerar la plaza como eje de distribución urbana y espacio de *encuentro* humano. Hasta la generación nacida en la década del cincuenta del siglo XX (entre los que me incluyo), la plaza fue nuestro espacio de recreo, vecindad y *encuentro* con aquellos “otros” que daban forma a nuestra personal *nostredad* urbana. Las plazas Chacabuco, Egaña, Pedro de Valdivia, Zañartu, Yungay, Brasil, Bogotá o Ñuñoa, son un signo en torno a las cuales la ciudad, y por lo tanto la vecindad, se estructura. Lo mismo sucede en los procesos de establecimiento humano en las afueras de la ciudad de Santiago (hoy entendidas como comunas), donde la plaza es el eje contenedor de sociabilidad económica, social y cultural, me refiero a asentamientos como Maipú, San Bernardo, Puente Alto o Colina.

Pero esto ha cambiado en Santiago. Es a partir de ciertas operaciones lingüístico-sociales que se reformula la plaza, sin que ello termine con el factor *encuentro* como constitutivo, en su interna reciprocidad histórica de permitir el despliegue de nuevas prácticas de ciudadanía. Son estas operaciones de limpieza ejercidas en el corpus social y simbólico que le daban forma (como unidad) a la plaza, las que han compartimentado el despliegue material de ésta. Se le resta todo signo de encuentro material y humano para con estos factores construir un nuevo tipo de encuentro en un nuevo tipo de plaza. El “área verde” y el “mall” son los instrumentos operacionales y segregadores que operan sobre la tradicional plaza.

Primero, ¿en qué momento se deja de hablar de plaza y comenzamos a denominar este espacio como áreas verdes? Esta primera cirugía semántica a la plaza, no sólo en la nominación sino en su despliegue material, ha restado a ésta su pileta, sus asientos, su sendero pavimentado, su odeón y el carro manicero, dejando sólo algunos juegos infantiles, árboles y mucho césped (origen de “lo verde” de su nombre). En definitiva el área verde no es más que el residuo decorativo de la plaza y sea como una definición, lo que nos lleva directamente a la materialidad económica que le sostiene, o como una cuestión de condicionamiento social y humano, todo nos enfrenta a la pregunta, ¿qué se busca priorizando por una regresión a natura y no por el encuentro entre los habitantes de una ciudad? Ha quedado como fundamento del *área verde*, la libre circulación, el carácter público del territorio y la arboleda que renueva el oxígeno así como nos retrae a un pretérito rural que nos determina,

el resto de atributos fueron extirpados dejando la área verde vacía de encuentro humano.

Por su parte el Estado, al enfrentar las *áreas verdes* sólo como una cuestión técnica y de sentido legislativo, no hace más que centrarse en cuestiones como el tamaño del espacio, el tiempo o relación del usuario y el impacto que produce en tanto renovación del aire. Por este camino sólo enfrentamos una categorización estrictamente urbanista y técnica, que incorpora este residuo de plaza sólo como factor decorativo despojándole el sentido social de *encuentro* y construcción de *nostredades*.

Segundo, simultáneo a la instalación del signo plaza como espacio sólo decorativo y de renovación del oxígeno por parte del Estado, la empresa privada en su expresión comercial ha tomado este signo para reinstalarlo como instancia de encuentro en las nominaciones y promoción publicitaria de los centros comerciales. Así, sólo en Santiago tenemos ocho “plazas” donde la transacción simbólica y material se condensa en la mercancía, estas son: Plaza Norte, Plaza Vespucio; Plaza Tobalaba, Plaza Oeste, Plaza Festival, Plaza Lyon, Plazuela Independencia y Parque Arauco. Con el riesgo y el dolor de las recriminaciones de quienes luchan contra el consumismo apelando (como añoranza) a ese lar teillierano, debo reconocer que en estos espacios se dan, si no todos, muchos de los factores que en su origen definen y explican la plaza: son un lugar de encuentro; son un espacio de comercio; son un espacio de distensión; son un espacio de sociabilidad; y, ni duda cabe son un espacio de construcción de *nostredades*. Extirpados estos semas de la tradicional plaza, se les reinstala a partir de la década del setenta en espacios cuyo fin último es el comercio. Primero fueron los “paseos”, luego los “caracoles” y finalmente los “mall”, proceso que va acompañado de nuevas formas de entender la ciudad y la participación en su seno.

Desde esta perspectiva el desafío a la hora de una evaluación de estos instrumentos de comercio y encuentro no es encontrar las estrategias de coptación social que allí se despliega, sino develar los parámetros de vida, las formas de participación y de ciudadanía que se han creado. Esas ocho “plazas” comerciales, sumados a la significación de “área verde”, son expresión de una nueva ciudad y un nuevo hábitat.

Amparados por la definición de plaza que hemos trabajado y por la mentada cirugía que se ejecuta sobre ella en las décadas pasadas, podemos recorrer ciertas señales que en el espacio aquí estudiado dan cuenta del principal fenómeno constitutivo de él: el *encuentro* y la

construcción de *nostredades*. Decíamos más arriba lo difícil que resulta diferenciar en Teillier la añoranza de la esperanza, pues bien, creo que existe un paradigma simbólico de plaza en los santiaguinos en donde se han depositado aquellos factores desplazados del área verde e higienizados en el mall. Este espacio material y simbólico, de amplio reconocimiento y convergencia, es para los santiaguinos un espacio preferencial de encuentro y reformulación ritualística del proceso de construcción de un “yo chileno” cargado de autoreferencia nacional, me refiero a la emplanada, que no siendo propiamente una plaza, se le denomina Plaza Italia.

Algunos de los aspectos del territorio denominado como Plaza Italia⁵ que mejor le definen es ser un lugar de *encuentro* y de recogimiento mítico-nacional. Es allí donde converge la ritualidad política, la festividad popular, el desenfreno lúdico y donde se fronteriza la segregación urbana. Es el espacio teillierano en la forma del reforzamiento nacional, reforzamiento que contiene en cada una de sus ceremonias la añoranza y la esperanza de una poética urbana desplegada sólo con el último fin de la ritualística. Como paradigma territorial contiene no sólo los factores que aún definen las áreas verdes sino a la vez recupera aquellos reinstalados en el mall, dando así lugar a la metáfora de encuentro nacional que se perdiera en la cirugía efectuada en la tradicional plaza.

*El concepto de cultura que propugno -dice Geertz- y cuya utilidad procuran demostrar los ensayos que siguen es esencialmente un concepto semiótico. Creyendo con Max Weber que el hombre es un animal inserto en tramas de significación que él mismo ha tejido, considero que la cultura es esa urdimbre y que el análisis de la cultura ha de ser por lo tanto, no una ciencia experimental en busca de leyes, sino una ciencia interpretativa en busca de significaciones. Lo que busco es la explicación, interpretando expresiones sociales que son enigmáticas en su superficie.*⁶

Este pequeño texto explica dos aspectos del trabajo de Geertz: *cultura* ya no será una rígida estructura, sino que se desenvolverá en un “tejido” de significaciones creando nuevas particularidades y cuyo exclusivo posibilidad de acercamiento está dado por la interpretación de estos signos; de otro lado la antropología ya no será una fábrica de sentencias absolutas, sino un espacio desde donde “buscar significaciones”, establecer esta nueva mirada que termina con algunos absolutos que se creyeron inamovibles. Ahora el antropólogo, y en especial el etnógrafo, pierde toda neutralidad y distancia res-

pecto al sujeto estudiado; pierde también la posibilidad de exponerse a la “comprobación científica” dada por la aplicación rigurosa de planos culturales comparativos, la verificación material pierde la exclusividad sobre lo que se puede entender como “verdad”. La vida, como sistema abierto, no es posible asirla como un todo acabado y es nuestra propia capacidad de comprensión lo que hace que la “realidad” cobre forma.

*Entendida como sistemas en interacción de signos -puntualiza Geertz- interpretables... la cultura no es una entidad, algo a lo que puedan atribuirse de manera causal acontecimientos sociales, modos de conducta, instituciones o procesos sociales; la cultura es un contexto dentro del cual pueden describirse todos esos fenómenos de manera inteligible, es decir, densa*⁷

Cobra así relevancia y novedad la tarea del etnógrafo, el cual tratará “...de leer (en el sentido de ‘interpretar un texto’) un manuscrito extranjero, borroso, plagado de elipsis, de incoherencias...”⁸. Este camino es el que aspiramos recorrer en el estudio semiológico del territorio ritualístico denominado Plaza Italia.

Plaza Italia: paradigma ritualístico nacional y organización territorial

Una primera develación esta dada por la geografía vial de la emplanada. A la Plaza Italia se puede llegar, fundamentalmente, por cuatro arterias que convergen en estricta formación de cruz, lo que hace de ella un permanente recipiente de energías que devendrán de toda la ciudad de Santiago. Estas arterias son:

Avenida Benjamín Vicuña Mackenna: de sur a norte

Avenida Bernardo O’Higgins: de poniente a oriente

Pío Nono: de norte a sur

Avenida Providencia: de oriente a poniente

Estas cuatro vertientes llevan al territorio denominado Plaza Italia, lo que permite cierta distribución y organización de las movilidades humanas, sean éstas por energía propia o motorizadas. Este ordenamiento no sólo significará una estructura de movimiento y ocupamiento del territorio sino que contiene a la vez un andamiaje simbólico que condensa como instalación la ciudad toda, entendido esto último como una más de las manifestaciones del cuidado que el ser humano pone en la distribución y orden de las cosas. Para el ser humano es fundamental la instalación de estos espacios ordenados en el diseño y constitución de la ciudad y esto se manifiesta tanto de manera explícita o simbólica.

La organización del espacio habitado no es solamente una comodidad técnica; es, al mismo título que el len-

*guaje, la expresión simbólica de un comportamiento globalmente humano. En todos los grupos humanos conocidos, el hábitat responde a una triple necesidad: la de crear un medio técnicamente eficaz, la de asegurar un marco al sistema social y la de poner orden... en el universo circundante.*⁹

Esta cruz vial, que es cruzada, circulada y ocupada, establece cierta frontera social que, tanto física como simbólicamente, permite el compartimento ciudadano, estorbando la invasión desmedida de aquellos que habitan la ciudad en distintas zonas, presentándose como *señal*/de intercambio más que de convivencia. Intercambio en cuanto al funcionamiento de una economía del desplazamiento entre una zona y otra, aquello que Leroi-Gouhan denomina como “un universo equilibrado”¹⁰ donde la sobrevida se resuelve en cuanto al respeto de ésta y muchas otras fronteras que a la manera de un eje resuelven la instalación ciudadana. Así, no resulta casual y más bien puede leerse como una señal de distribución, que no exista locomoción colectiva que produzca el encuentro negado por este ordenamiento. Mientras la locomoción que proviene del sur continúa sólo hacia el poniente (nunca al oriente económicamente más poderoso), la que proviene del oriente no gira ni “entra” a la zona sur. Pareciera producirse un amoroso roce que en el movimiento de autobuses nunca se transgrede si no es sólo para confundirse en el territorio posterior, que es el centro político de la ciudad.

Este cruce de desplazamientos humanos nos puede a la vez entregar nuevas señales de simbolización cuando revisamos la nomenclatura de las avenidas que convergen hasta Plaza Italia.

De una parte las vías que derivan a la zona geográfica alta de la ciudad, zona donde habitan aquellos sectores sociales con mayores recursos económicos, están nominadas con referencias religiosas (Avenida Providencia y Pío Nono), haciendo clara relación a la pureza y sublime espíritu de aquellos que le habitan. Si bien Avenida Providencia en lo inmediato deriva en zonas de comercio, es desde esta avenida que nacen nuevas vías que llevan hasta las zonas más pudientes de la ciudad. Por otra parte, si bien Pío Nono no resulta ser una vía tan extensa como las otras, su destino inmediato no es otro que el Cerro San Cristóbal con la Virgen María en su cúspide.

Por otro lado, las vías que derivan a la zona geográfica donde habitan los sectores sociales de menores recursos económicos están referidos sus nombres al rol paterno y regulador del Estado y el Poder político (Bernardo O'Higgins y Benjamín Vicuña Mackenna), con lo cual

el desplazamiento por ellas no puede sino referirnos a lo heroico de las instituciones que estos dos personajes ayudaron a dar forma. Mientras Avenida Bernardo O'Higgins deriva inmediatamente al centro político de la ciudad, Avenida Benjamín Vicuña Mackenna lo hace hacia una de las zonas más extensas de la ciudad y que resguarda el sueño de una masa laboral poderosa.

Plaza Italia, en tanto una cruz que distribuye la circulación ciudadana y ordena la participación del ritual nacional, se lee como un encuentro entre lo sacro y lo profano, lo divino (expresado en los sectores sociales altos) y lo humano (expresado en la regulación estatal), entre la vulgaridad y la elegancia, entre la masividad y lo individual, entre los más altos principios y “las bajas pasiones”. Lugar de acercamiento, de roce, pero fundamentalmente de segregación y marcas territoriales que, de ser transgredidas, se castiga duramente.

Una segunda marca de encuentro y ceremonia nacional está dada por las monumentalidades instaladas. Entre los cinco monumentos que contiene el territorio Plaza Italia destacan dos que hacen mención a la incorporación de contingentes europeos a la construcción social, económica, política y militar de Chile en el siglo XIX: la Fuente Alemana y el tributo de la comunidad italiana, monumento que da nombre a la emplanada.

La Fuente Alemana fue donada por “la comunidad chileno-alemana”¹¹ con motivo del primer centenario de la Independencia de Chile. Es obra del escultor Agustín Eberline y en su estructura contiene: un hombre con una bandera (irreconocible nacionalidad) que simboliza el esfuerzo y (por su cabeza indicando al cielo) pujanza, una mujer con serpiente en la mano denotando el dominio de la naturaleza, otra mujer con frutos ofreciéndolos al resto, un hombre con señales de conocimiento intelectual, y una mujer con la pluma representativa de la literatura. Todos ellos sobre una embarcación que además contiene referencias a la industrialización (lingotes de metal) y desarrollo agrícola (sacos). Tras ellos, que miran todos al poniente, se instala un cóndor en actitud de vigilia y compañía.

Por su parte el tributo de la Comunidad Italiana esta representada con un león que, según algunos representaría la indomable chilenidad, y un ángel con una antorcha en su mano izquierda. Sobre este monumento no existe referencia en cuanto a su construcción y data de instalación pero si acerca de su reposición sobre un soporte de mármol, el cual fue donado por el Instituto Italiano para el Comercio Exterior.

El proceso de instalación de inmigrantes europeos (alemanes, italianos, suizos, franceses) se desarrolla a par-

tir de una disposición presidencial a mediados del siglo XIX y con razón de poblar el territorio denominado como “frontera”, en cual aún se mantenía en estado de conflicto bélico entre los chilenos y los mapuches. Es a partir de este hecho que se cuenta con un mayor copamiento del territorio geográfico y social del sur de Chile, por lo que el fin de la “Guerra de Arauco” se logra consolidar. Un papel fundamental en la implementación de este poblamiento del sur de Chile lo jugó don Vicente Pérez Rosales¹².

De esta forma la nostredad chilena a la cual estas migraciones aportaron y que fueron un sólido aporte a la unidad consolidación de la república, viene a simbolizarse en estas monumentalidades instaladas en la zona de mayor verdor y forestación del territorio estudiado y vienen a ser señales no sólo del aporte europea a la consolidación republicana de Chile, sino que al hecho de ser este país “un lugar de encuentro” marcando la chilenidad un asunto aún de mayor complejidad étnica. Cuenta don Vicente Pérez Rosales que en un encuentro que tuvo con parte de los emigrantes, uno de ellos le replica a su desconfianza respecto al compromiso de estos emigrados con la chilenidad:

*Seremos chilenos honrados y laboriosos como el que más lo fuere. Unidos a las filas de nuestros nuevos compatriotas, defenderemos nuestro país adoptivo contra toda agresión extranjera con la decisión y la firmeza del hombre que defiende a su patria, a su familia y a sus intereses.*¹³

Interesante destacar en este discurso en encuentro de dos elementos que se conjugan además en las monumentalidades instaladas en Plaza Italia: el cobijo territorial (patria y familia) y el destino de acumulación de riquezas (laboriosos e intereses). Estos dos instrumentos de integración pueden reconocerse en la Fuente Alemana en las invocaciones a la riqueza (lingotes, frutos) y en la dedicatoria del monumento italiano (restaurado por el Instituto Italiano para el Comercio Exterior). Por último, en la misma línea de revisión de las monumentalidades instaladas en la emplanada Plaza Italia, se reconocen otros tres que reúnen simbólicamente las tensiones resueltas en el siglo XIX y que son la base político-militar de la consolidación política, nacional y territorial, me refiero a los conflictos de mayor relevancia simbólica y militar en lo que significó el asentamiento de la República de Chile: la Independencia, la Guerra del Pacífico y la Guerra Civil de 1891. Estos tres eventos político-militares representan las instancias de quiebre de mayor envergadura y por lo mismo los que

convocan mayores resentimientos en el espíritu de los ciudadanos de este país.

Si bien el proceso de Independencia se ve en su triunfo como una conmemoración, es en su seno y desarrollo donde se expresan las mezquindades y contradicciones personales que todo conflicto de este tipo contiene. El caso de Chile no escapa a esta regla. En pleno conflicto entre Patriotas y Realistas se exterioriza una antigua disputa entre dos fracciones de chilenos, que no son sino las dos corrientes políticas y económicas que se expresan en el contexto de liberación. Ambas fracciones a poco andar se ven representadas por líderes que le guían: de un lado Bernardo O'Higgins y del otro los hermanos Carrera y Manuel Rodríguez. Aún hoy se pueden escuchar las reivindicaciones de cada una de estas fracciones dado que finalmente fue resuelta con la muerte de los Carrera y de Manuel Rodríguez. Destaquemos por el momento que uno de los cinco monumentos instalados en el territorio Plaza Italia es el de homenaje a Manuel Rodríguez.

Por otro lado, el crecimiento económico de las clases adineradas llevó a extender sus dominios hasta el norte del territorio nacional, chocando con los intereses bolivianos y peruanos, que ya estaban asentados en él. Esta contradicción derivó en la cruel y despiadada Guerra del Pacífico, la cual fue ganada por Chile con Manuel Baquedano como General en Jefe de sus fuerzas militares. Lo sangriento de esta guerra aún mantiene abiertas las heridas tanto de chilenos como de los peruanos y bolivianos. Digamos por el momento que otro de los monumentos instalado en el territorio Plaza Italia es en homenaje al General Manuel Baquedano.

Finalmente debemos referirnos al conflicto interno que dirimió las disputas de intereses entre intereses económicos y políticos de las capas gobernantes de Chile a fines del siglo XIX, que derivó en una Guerra Civil y en el posterior suicidio del presidente derrocado, José Balmaceda. Si bien Balmaceda representaba a un sector de esas clases, el proyecto de desarrollo que estaba contenido en su gobierno distaba mucho de convocar a todas las fuerzas que en un principio le apoyaron y uno de los principales elementos que desató este conflicto es la relación que la “oposición parlamentaria” mantenía con el imperialismo inglés. Este conflicto dividió por más de un siglo a los chilenos. Hoy, cierra el triángulo de monumentos referidos a la constitución y consolidación de la nación el del Presidente José Balmaceda.

Estos tres conflictos que pusieron en la mesa la cuestión de la unidad territorial y humana de Chile, que cuestionaron el “encuentro” difícilmente sostenido en ese

entonces (siglo XIX) están hoy representados y compartiendo homenaje en el territorio Plaza Italia en un encuentro simbólico que aspira como destino reunificar y sellar antiguas disputas internas. El conflicto al ser contenido en un mismo territorio se resuelve por la vía de la convivencia y la instalación del héroe que distrae las veladas motivaciones de cada uno de estos eventos, se simboliza con ellos lo acabado, en tanto tensión, para momificar el proceso que le diera vida.

Hemos distinguido tres aspectos de lo que denominamos el *encuentro* y la *ritualidad nacional*, materializados y simbolizados en el territorio Plaza Italia. Hemos recorrido de manera concisa su geografía para distinguir las señales, íconos e incluso algunos índices que nos orienten en la lectura “densa” que nos invita Geertz. Esta lectura que apela a los datos etnográficos que el propio territorio nos entrega, que recurre a la información histórica y que descompartimenta los significados que constituyen lo observado, este acercamiento etnográfico que no acaba en la primera mirada, es ante todo un instrumento incompleto y su resultado, por la esencia misma de su ser, no puede sino también dar señales de inexactitud e infinitud.

De alguna manera los santiaguinos hemos hecho del territorio Plaza Italia un espacio múltiple, de entradas convergentes y divergentes, un territorio multiracial y racista, de recreación y represivo, de manifestación y recogimiento. Hemos construido ese consenso que nos permite convivir con ese territorio sin mayor culpa, sin mayor ansiedad y siempre transformándole a nuestro antojo. Hemos hecho de la emplanada Plaza Italia un paradigma de añoranza, en tanto “plaza”, y de esperanza, en tanto espacio de construcción de nostredades. Porque el territorio Plaza Italia es por esencia un espacio de cambio y contención: de cambio en cuanto se travesti cotidianamente y de contención porque cada uno de estos cambios siempre encuentra la forma de establecerse (aunque sea transitoriamente) en el territorio. Desde esta perspectiva el *encuentro* creemos que le define de mejor manera que el tránsito, dado que ese *encuentro*, sea en la expresión que sea, como hemos comenzado a demostrar con estas líneas, no es sino una propuesta de contención en cuanto a la funcional hermenéutica de sus espacios como escenario de ritualidades de reforzamiento nacional.

La percepción del mundo circundante -reconoce Andre Leroi-Gourhan- se hace mediante dos vías: una dinámica, que consiste en recorrer el espacio tomando conciencia de él, la otra, estática, que permite, por inmovili-

*dad, reconstruir alrededor suyo los círculos sucesivos que se amortiguan hasta los límites de lo desconocido...*¹⁴

El *encuentro* como cruce redistribuye ese mundo circundante por la vía de la “toma de conciencia” de él, la plaza (como espacio de *nostredad*) viene a detallar esta percepción en la ciudad, viene a reafirmar una naturaleza salvaje del ser humano que le proyecta en cuanto se reconoce como un nosotros contenido por la ciudad. Andre Leroi-Gourhan le apunta bien al hacer esa distinción espacial, que lleva a un encuentro con el tiempo como objeto de dominación. Tiempo y espacio dominado, al decir de Leroi-Gourhan, vienen a materializarse en este cruce del territorio nominado como plaza y ocupado como espacio ritualico.

De la misma forma el *encuentro* como expresión de lo sacro y lo profano, de la etnicidad y de la contención del conflicto vienen a ser el mismo proceso donde ese espacio se pierde en la función local y cobra revenidas energías al desplazarse en cada localización simbólica. El re-cubrir estos signos y así lograr que su manifestación se vele en un tránsito inadvertido y dominado, es labor del Estado y la policía. Pueden ser ellos los interesados en el no reconocimiento de lo que de manera densa podemos des-cubrir en cada lectura que hacemos de estos elementos, estos *punctum*, al decir de Barthes. La apropiación de ese espacio, su uso (por la costumbre o por disposición) y despliegue ritualico es sólo el comienzo del reconocimiento de nuevas formas de ciudadanía. Finalmente cabe reflexionar acerca de la síntesis que la emplanada Plaza Italia representa en un contexto donde la figura “plaza” es fragmentada desde los ejes del consumo y de la decoración urbana y de los resultados en cuanto al ejercicio ciudadano esto puede significar. ¿Un nuevo estilo de ciudadano?

Notas

¹ TEILLIER, J., 1992. *Los dominios perdidos*; Fondo de Cultura Económica, Colección Tierra Firme; Santiago de Chile.

² DE RAMÓN, Armando, 2000. Santiago de Chile (1541-1991). Historia de una sociedad urbana. Editorial Sudamericana, Santiago de Chile.

³ VILLALOBOS, S., 1997. *Para una meditación de la conquista*; Editorial Universitaria, Colección Imagen de Chile; decimotercera edición, Santiago de Chile; págs. 54 - 55.

⁴ VILLALOBOS, S., 1997. *Para una meditación de la conquista...*; pág. 56.

⁵ En el curso de este ensayo le denominaremos de esta forma sólo por efecto de la comodidad de entendimiento,

aunque sabemos que el espacio contiene diversas "plazas" y territorios.

⁶ GEERTZ, C., 1997. *La interpretación de las culturas*; Gedisa Editorial; Barcelona, España, pp. 20.

⁷ GEERTZ...; pp. 27.

⁸ GEERTZ...; pp. 24.

⁹ LEROI-GOURHAN, A. *El gesto y la palabra*; Ediciones de La Biblioteca, Universidad Central de Venezuela; pág. 311.

¹⁰ LEROI-GOURHAN, A. *El gesto y la palabra*, pág. 335.

¹¹ Información tomada de placa explicativa instalada al borde del monumento.

¹² Vicente Pérez Rosales (1807-1886), escritor chileno que nació en Santiago.

En sus memorias, **Recuerdos del pasado** (1886) informa de su vital y polifacética existencia y de las vicisitudes de la naciente República chilena. Tras estudiar Historia, Sociología y Literatura en Francia, a su regreso fue buscador de oro en California y político en Chile (intendente de Concepción, diputado y senador). Obras suyas son: **Ensayo sobre Chile** (original francés, 1857; traducción al español, 1859) y, con ediciones póstumas, **Diccionario del entrometido** (1946, útil para el estudio de algunos chilenismos) y **Diario de viaje a California** (1951). Muró en Santiago.

¹³ PÉREZ ROSALES, V., 1972. *Recuerdos del pasado*; Editado por Casa de las Américas, Colección Literatura Latinoamericana; La Habana, Cuba; pág. 524. Los destacados son míos.

¹⁴ LEROI-GOURHAN, A. *El gesto y la palabra...*; pág. 315.

Bibliografía

ANALES DEL 6º ENCUENTRO CIENTÍFICO SOBRE EL MEDIO AMBIENTE. Mejor calidad de vida: Desarrollo sustentable desde la perspectiva ciudadana; publicado en *Ambiente y desarrollo*; vol. XV, Nº 1 y 2; marzo/junio 1999.

BARTHES, R. 1998. *La cámara lúcida: Nota sobre la fotografía*; Paidós Comunicaciones; Barcelona, España;.

CANALES, P., J. CANALES, 1996. *Ordenanza General de Urbanismo y Construcciones*. Editorial Jurídica ConoSur Ltda.

CONAMA, 1994. "Ley de Bases del Medio Ambiente".

CONAMA, 1991. "Problemas Ambientales de la Región Metropolitana de Santiago";.

CONSTITUCIÓN POLÍTICA DE LA REPÚBLICA DE CHILE; 1980.

DASCAL, G., 1994. Los espacios verdes apropiados: Una propuesta para mejorar las condiciones de vida en zonas urbanas desfavorecidas en Santiago, Chile. *Revista de Geografía Norte Grande*, Nº 21.

DE MATTOS, C., N. Hienaux, Restrepo D., 1998. *Globalización y territorio. Impactos y perspectivas*; Fondo de Cultura Económica / Pontificia Universidad Católica de Chile / Centro de Estudios Urbanos; Santiago de Chile.

DEL ACEBO, E., 1993. *Sociología de la ciudad occidental. Un análisis histórico del arraigo*; Editorial Claridad; Buenos Aires, Argentina.

DICCIONARIO DE LA LENGUA ESPAÑOLA; Real Academia Española; 1992

GEERTZ, C., 1994. *La interpretación de las culturas*; Gedisa Editorial; Barcelona, España.

LAMAS, A., 1999. *Calidad de vida e indicadores*; Apuntes de clases; Santiago de Chile.

LEROI-GOURHAN, A. *El gesto y la palabra*; Ediciones de La Biblioteca, Universidad Central de Venezuela.

LEY ORGÁNICA CONSTITUCIONAL DE MUNICIPALIDADES.

MERTON, R., 1964. *Teoría y estructura sociales*; Fondo de Cultura Económica. México.

MUNIZAGA, C., 1962. *Estructuras transicionales en la migración de los araucanos de hoy a la ciudad de Santiago de Chile*; Universidad de Chile; Notas del Centro de Estudios Antropológicos Nº 6 (publicación Nº 12), Santiago de Chile.

NUÑEZ, L., 1993. *Distribución y disponibilidad de áreas verdes públicas: La comuna de La Florida*, Tesis para optar al título de Geógrafo, Pontificia Universidad Católica de Chile.

SALINAS, F., 2001. *El Barrio Yungay de Santiago de Chile. Apuntes etnográficos*; Universidad Bolivariana; noviembre 2001.

SERRANO, P. Ecoplaza; www.sociedadcivil.cl

SILVA, T., 1987. *Situación actual de las áreas verdes*, Tesis para optar al título de Geógrafo, Pontificia Universidad Católica de Chile.

TEILLIER, J., 1992. *Los dominios perdidos*; Fondo de Cultura Económica, Colección Tierra Firme; Santiago de Chile.

PÉREZ V., 1972. *Recuerdos del pasado*; Casa de las Américas, Colección Literatura Latinoamericana; La Habana, Cuba.

VILLALOBOS, S., 1997. *Para una meditación de la conquista*; Editorial Universitaria, Colección Imagen de Chile; decimotercera edición, Santiago de Chile.